

FILOSOFÍA

PRIMERO DE BACHILLERATO.

UNIDAD CUARTA:
APARIENCIA Y REALIDAD

1. El realismo.

El **realismo** mantiene que hay un mundo de objetos físicos que existe aunque no se esté percibiendo, y que es ese mundo físico el que causa las percepciones que de él tenemos.

La postura realista es la postura comúnmente más extendida. Y lo es porque al adoptarla es posible aclarar una serie de sucesos.

Primero el por qué distintas personas coinciden en afirmar que perciben las mismas cosas, aunque cada una de ellas tenga sus propias representaciones mentales.

Por ejemplo; cuando distintas personas miran un coche cada una tiene una imagen diferente del coche; es decir, tienen representaciones mentales distintas, puesto que lo observan desde lugares diferentes. Sin embargo; si uno intercambia su situación espacial por la que ocupa otra persona obtiene representaciones mentales que son sustancialmente idénticas, o muy parecidas, a las que las personas que ocupaban esa posición tenían. La manera de explicar este hecho es suponer que el objeto —el coche— existe con independencia de desde dónde se le mire, y que las representaciones mentales de cada observador no son más que perspectivas obtenidas de un objeto que existe independiente del observador.

También se explica el hecho de que, además de existir un grupo de representaciones mentales —denominado fantasías— cuyo contenido depende de la voluntad de la persona que las tiene, exista otro grupo distinto —denominado percepciones— cuyos contenidos no dependen de la voluntad del sujeto.

Es decir, como las fantasías no existen fuera de la mente que las imagina, pueden cambiarse a voluntad por esa misma mente, ya que sólo dependen de ella. En cambio, suponiendo que las percepciones representen un mundo físico que existe con independencia de la mente, entonces se explica que no sea posible cambiarlas a voluntad.

Por ejemplo, con la suficiente concentración puedo imaginarme un coche que se mueve, o para, obedeciendo a mi voluntad. Pero hay otras representaciones mentales —las denominadas percepciones— que no obedecen a mi voluntad. Y así, el coche que percibo delante mío no se mueve porque yo lo quiera.

Por último el realismo también explicaría por qué la percepción muestra la aparente persistencia en el tiempo de los objetos y la continuidad de los procesos.

Es decir, la mayoría de los objetos que se perciben parecen mantenerse en el tiempo aunque no se estén continuamente percibiendo.

Y así, la mesa que vi ayer tiene el mismo aspecto que la que veo hoy, las casas, las personas y el resto de objetos parecen ser sustancialmente los mismos.

Eso quedaría adecuadamente explicado si suponemos que el objeto percibido permanece similar porque existe con independencia de que yo lo perciba o deje de percibir; es decir, que existe de modo independiente a mi percepción.

Lo mismo para los procesos. En un proceso lo que vemos es una secuencia de actos que están produciendo un cambio. Y la percepción discontinua del proceso nos

muestra secuencias que parecen ordenadas y sincronizadas con el transcurrir en el tiempo del proceso.

Ejemplos de procesos serían la combustión de un leño, una nevada sobre un lugar, el llenarse de agua una bañera...

Y así, aunque veamos sólo el inicio de un proceso y volvamos al final, observamos que el resultado es *como si el proceso hubiera seguido realizándose aunque nosotros no lo estuviéramos percibiendo*.

Por ejemplo el proceso de combustión. Si vemos como un leño comienza a arder, nos vamos, y al tiempo volvemos, lo que vemos al regresar —la ceniza— no parece mas que el resultado de lo que hubiera ocurrido si, existiendo el leño y su arder con independencia de nuestras mentes, el proceso se hubiera seguido desarrollando en nuestra ausencia.

Una forma de explicar este suceso sería suponer que el proceso realmente siguió ocurriendo aunque no estuviéramos presenciándolo; y por tanto, existió con independencia de nuestra mente.

Los realistas se dividen en dos, en realistas ingenuos y realistas representativos.

1.1. Realismo Ingenuo.

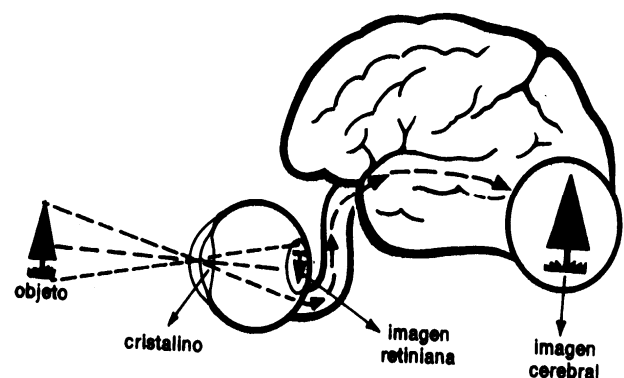
El realismo ingenuo es la postura que las personas mantienen de un modo "natural"— es decir, antes de una reflexión filosófica— cuando se les cuestiona acerca de la existencia de los objetos que muestran los órganos sensoriales; es pues la postura de nuestro sentido común.

Lo que el realismo ingenuo mantiene es que ese mundo que existe con independencia de nuestras representaciones mentales es, justamente, como se nos representa por medio de la percepción.

Y así, si veo, por ejemplo, una mesa verde es porque en la realidad existe un objeto físico, llamado "mesa", que es verde y que es en la realidad tal y como lo percibo: liso, impenetrable, ...

El realista ingenuo entiende la percepción de un modo especial. Es como si no distinguiera entre la realidad misma y las imágenes que su cerebro forma sobre la realidad a partir de la información suministrada por los distintos órganos sensoriales.

Los objetos percibidos, por ejemplo a través de la vista, no se introducen dentro de la cabeza. La luz reflejada por el objeto forma en la parte posterior del ojo una imagen invertida del objeto que es transmitida en impulsos eléctricos al cerebro; tras lo cual, y después de subsiguientes operaciones químicas que realiza el cerebro a partir de ese material, la persona tiene la experiencia de "ver" el objeto. Por tanto parece que, contra lo que el realismo ingenuo piensa, una cosa es el objeto que la persona ve y otra la imagen que el cerebro de la persona ha formado a partir de la estimulación eléctrica que procede del nervio óptico.



Y como no distingue entre la imagen que su cerebro hace sobre la realidad y la realidad misma, no concibe el problema de si esa imagen producida por el cerebro se parece, o no, a la realidad tal y como es con independencia de la percepción.

Para él la imagen que percibe de un árbol, y el propio árbol, son la misma cosa. Y por tanto la realidad es tal y como aparece en la percepción.

Se han señalado distintas objeciones al realismo ingenuo.

Una de ellas indicaría que si diferentes especies animales disponen de órganos sensoriales más sensibles, e incluso distintos, al del ser humano, y la realidad es tal y como la representan los órganos sensoriales, entonces, o hay distintas “realidades” o nos falta un criterio para decidir cuál sea la realidad “real”.

Algunos animales no disponen de ojos, y otros, como la abeja dispone de unos ojos compuesto por más de 10.000 ojos. La mayoría de los animales no ven colores, otros pueden ver colores que los seres humanos no ven, como el infrarrojo y el ultravioleta, y oyen sonidos que nosotros no oímos. Los murciélagos apenas ven, pero disponen de un órgano sensorial en los oídos parecido a un sónar que les permite volar en la oscuridad. Las aves migratorias se ayudan para orientarse en las migraciones de su percepción del campo magnético de la Tierra.

La cuestión es cómo es posible que la realidad sea tal y como se percibe por los órganos sensoriales, habiendo órganos distintos y contrapuestos. Un toro no ve colores, ¿es la realidad coloreada?, el hombre no ve el color ultravioleta, aunque algunas mariposas sí lo ven, ¿tienen algunas flores el color ultravioleta aunque nosotros no lo veamos? La mosca ve la realidad a través de diez mil ojos, ¿es la realidad un calidoscopio? La cosa aún se complica más cuando comprobamos que dentro del reino animal existen órganos sensoriales completamente distintos a los de los seres humanos, ¿es la realidad tal y como la perciben esos extraños órganos sensoriales?

Otro problema que se le plantea al realismo ingenuo es que nuestros órganos sensoriales pueden proporcionar información incoherente, bien porque un órgano sensorial entren en colisión con otro, o bien porque un mismo órgano sensorial proporcione información autocontradictoria.

Una contradicción entre distintos órganos sensoriales se da en la experiencia de introducir un palo en una cubeta transparente de agua; mientras a la vista parece que se hubiera torcido, al tacto permanece recto.

Pero también ocurre que un mismo órgano sensorial nos puede dar información contradictoria. Si introducimos una mano fría —por ejemplo aquella que ha permanecido un tiempo en un congelador— en una cubeta de agua a temperatura ambiente tendremos la sensación de que ese agua está caliente, pero si a la vez introducimos una mano caliente —por ejemplo después de tenerla un tiempo adecuado sobre un radiador encendido— en el mismo agua, nos parecerá que el agua está fría. Si la realidad es tal y como la describen los órganos sensoriales ¿está ese agua fría o caliente?

Una tercera objeción al realismo ingenuo se encuentra en el conocimiento científico. La ciencia parece mostrar, a través de experimentos, que la realidad no sólo no parece ser como la muestran los sentidos, sino que más bien parecería que éstos se equivocan completamente.

Por ejemplo, al mirar una tabla de madera la vista nos indica que no hay agujeros, que es impenetrable; sin embargo la ciencia puede mostrar, a través de experimentación, que está siendo continuamente atravesada por diferentes partículas subatómicas que ni siquiera vemos —por ejemplos los rayos cósmicos que lanza el Sol.

1.2. El realismo crítico o representativo.

El realismo representativo afirmará que si bien el mundo exterior existe, y es el causante de nuestras percepciones, sin embargo éste no es tal y como se nos muestra en la percepción.

Este realismo distingue entre dos tipos de propiedades: cualidades sensibles y propiedades físicas o primarias.

Las **cualidades sensibles** las produce el propio cerebro al ser estimulado por la información recibida de los órganos sensoriales. Pero esas cualidades sensibles no existen fuera de la mente, son sólo un producto del cerebro. Además no pueden ser matematizadas, y por ello permanecen fuera del campo de la ciencia.

Y así, cuando miramos una manzana roja, el color rojo que vemos, que es una cualidad sensible, no existe fuera de nuestra mente. En realidad la manzana no tiene color, sino que refleja una longitud de onda —la luz— que es codificada por nuestra vista en señales eléctricas que, al llegar al cerebro, hacen que éste produzca en nuestra conciencia la cualidad de color “rojo”.

En cambio, las **propiedades primarias** existen en el objeto físico con independencia de la mente.

Un criterio objetivo para distinguir entre propiedades primarias y cualidades sensibles es que las propiedades primarias pueden ser matematizadas; es decir se les puede adjudicar objetivamente una cantidad numérica, y eso hace que puedan ser objeto de estudio por parte de la ciencia.

Como ejemplo de propiedades primarias están el peso, la forma, la presión, la longitud de onda que refleje un objeto, el tamaño, la temperatura, etc. Y como ejemplo de cualidades secundarias está el color, la sensación de calor, la sensación de pesadez.

La presencia de las propiedades primarias puede ser cuantificada en unidades. Por ejemplo el peso en gramos, la forma en longitudes, la presión en bares, la longitud de onda en nanómetros, o la temperatura en grados. En cambio, la sensación de calor o de frío, no puede cuantificarse. Podemos decir que sentimos más o menos frío, pero no adjudicar, de un modo objetivo y verificable por los demás —de un modo público— una cantidad concreta. En cambio la temperatura que marca un termómetro es independiente de la sensación de calor o frío que se tenga. Igualmente con los colores, los sabores, etc.

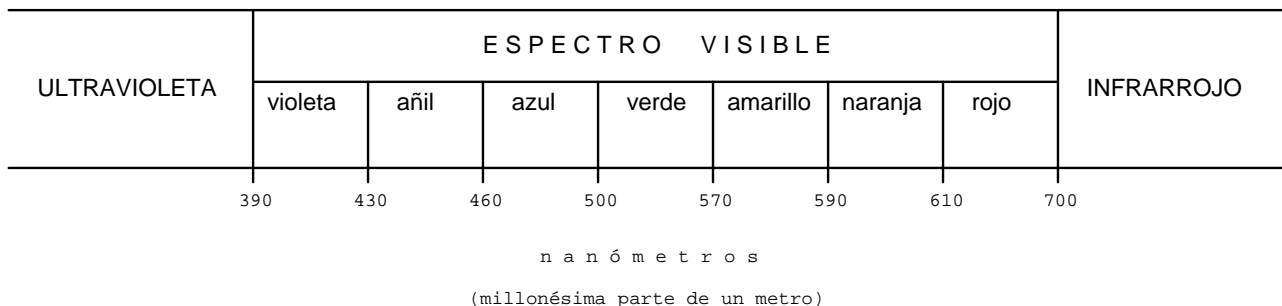
Dentro del conjunto de las propiedades primarias hay un subconjunto denominado **propiedades disposicionales** que son aquellas que, perteneciendo al objeto físico, éste no las exhibe de modo actual, sino que consisten en la disposición del objeto a exhibirlas bajo ciertas condiciones que en el presente no se dan.

Es decir, son propiedades que el objeto está en disposición de exhibir siempre y cuando se den ciertas condiciones que no se dan en todo momento.

Por ejemplo, la conductibilidad, entendida como la capacidad de un objeto para transmitir una corriente eléctrica, puede adjudicarse a una llave de hierro, aunque en ese momento la llave no esté transmitiendo electricidad. Lo que se dice de la llave de hierro es que tiene la propiedad disposicional de la conductibilidad; y por tanto, ésta capacidad se hará presente, si hacemos que una corriente eléctrica llegue a la llave. En cambio, la propiedad de estar formada por átomos que tienen 26 protones en el núcleo atómico no sería una propiedad disposicional en la llave de hierro, ya que es una propiedad que exhibe la llave sin ninguna condición desencadenante.

Pues bien, las cualidades sensibles que la mente produce no son más que el efecto que ciertas propiedades primarias y en ocasiones disposicionales producen en nosotros.

Y así, por ejemplo cuando vemos un objeto de color rojo, la "rojez" no es una propiedad que exista realmente en el objeto, lo que existe en el objeto es una disposición física de sus moléculas, o en términos del siglo XVIII *un poder*, que hace que cuando una luz blanca incida en él refleje una longitud de onda en concreto, que es la que al llegar a nosotros, a través de los ojos, termina por hacer que se produzca en la mente el color rojo. Una disposición distinta de las moléculas del objeto le haría reflejar una longitud de onda diferente, que terminaría por producir en nuestra mente un color distinto, quizá el azul.



Un objeto X, que tuviera un peso de 80 kilos, no sería en realidad pesado, sino que tendría la propiedad disposicional —80 Kg. de peso— que le hace, a mi percepción, parecer pesado, ya que en la Luna ese mismo objeto pesaría mucho menos. Pues bien, un elefante podría encontrar ligero ese mismo objeto de 80 kilos de peso; luego la sensación de ligereza o pesadez no está en el objeto sino que la pone nuestro cerebro.

Si ese objeto tuviera una temperatura de 40°C me parecería caliente, pero mientras la temperatura —los 40°C— es real, la sensación de calor es una cualidad secundaria producida por la mente, y que sólo está en la mente. Si el que percibe esa temperatura tuviera fiebre quizá no le pareciese caliente, sino fresca.

Igualmente con los **sabores y olores**. Decimos que la glucosa es *dulce*, pero si *dulce* fuera una propiedad real de la glucosa los químicos podrían mostrarla en el laboratorio, pero no hay tal porque *dulce* no es una propiedad real de la glucosa, sino de nuestra percepción de ésta.

Y así, un realista representativo considera que el mundo es real, pero que no son los sentidos quienes nos informa de cómo es realmente el mundo, ya que éstos sólo muestran una apariencia irreal —las cualidades sensibles— que los realistas ingenuos confunden con la realidad

Eso no significa que no podamos conocer cómo es realmente el mundo, sólo que quien se encarga de hacerlo no son los sentidos, sino que es la ciencia, y lo consigue a través del centrarse en la descripción de las propiedades primarias.

2. El Idealismo

El idealismo es una postura filosófica antagónica al realismo. Mantiene dos tesis.

La **tesis primera**, y principal, dice que no existe un mundo físico exterior a la mente y a sus representaciones mentales.

La **segunda tesis** del idealismo afirma que, como las representaciones mentales sólo existen mientras se encuentran en una mente, de igual modo, lo percibido sólo existe si hay una mente en la que esté representado, y sólo durante el tiempo en que se encuentren representado en la mente.

Por ejemplo, un dolor sólo existe mientras dura en la mente que lo padece. No tiene sentido afirmar que el dolor sigue existiendo, no se sabe dónde, cuando deja de doler. Igualmente, las representaciones mentales que tenemos de los objetos del mundo sólo existen mientras se encuentran en la mente que las tiene. Y como sólo existen las representaciones mentales de los objetos físicos, y no éstos mismos, la realidad percibida como exterior a nuestra mente no es tal, y sólo existe mientras una mente la perciba.

La expresión clásica de esta segunda tesis dice que “esse est percipi” (ser es ser percibido); es decir, existir equivale a ser percibido.

Como apoyo de estas tesis los idealistas señalan el **Principio de Inmanencia**, que viene a decir que la mente no puede trascender —transpasar— sus propias representaciones; es decir, no puede salir de sí misma, no tiene acceso a algo que no sea mental, y por eso de ella se dice que es inmanente a ella misma.

Todo lo que hay en la mente es mental, y no puede tener otra cualidad. No podemos introducir en la mente objetos que no sean mentales. Nuestras sensaciones —como la del calor o el frío— nuestros sentimientos —como la ambición o la nostalgia— nuestras representaciones mentales —recuerdos, fantasías y percepciones— todo ello es mental.

Al percibir no “introducimos” un objeto físico en nuestra mente, como mucho, y suponiendo que ese objeto físico exista, “introducimos” su imagen, es decir una copia mental del objeto físico. Por ello, todo lo que existe en la mente es mental, y sólo mental.

Debido al Principio de Inmanencia no podemos comprobar que exista algo fuera de la mente, ya que ésta no puede salir fuera de sí misma para ver si existe algo que no sea mental. Luego afirmar que existan objetos que no sean mentales —como afirma el realismo— es afirmar algo de lo que ni hay ni puede haber comprobación directa.

Es decir, no podemos comprobar a través de la experiencia que exista algo fuera de la mente. Porque tener una experiencia es formar en la mente una imagen, algo que por el Principio de Inmanencia siempre es mental.

Para el idealismo la propia noción de “*objeto físico existiendo fuera de la mente*” no es más que una ficción inventada por la imaginación. Y aunque los objetos físicos existieran realmente fuera de las mentes no tendríamos ninguna razón para suponer que así fuese. Tal cosa -afirma el idealismo- no pasa de ser una pura fantasía cuando no una noción contradictoria.

Tendríamos tantas razones para creerlo como las que tenemos para creer que la afirmación que dice: “en otro planeta existen extraterrestres que nacen con boina y toman te de menta a las doce de la mañana” es cierta. Es decir, esa afirmación, como las que hace el realismo, no podemos demostrar que sean falsas, pero no hay ninguna razón para tomarlas por verdaderas¹.

Ahora bien, y si el idealismo tiene razón y sólo existen contenidos mentales ¿cómo se distingue entre tener una percepción, una ilusión, una alucinación, o un sueño?, porque parece evidente que las personas habitualmente lo hacemos.

Para explicar qué diferencia lo que llamamos “percepción” el idealista introduce la noción de “*familia de experiencias sensoriales*”, y a partir de esa noción definen la de “*objeto*”.

Una **familia de experiencias sensoriales** es una colección ordenada de distintas experiencias sensoriales que se pueden obtener con distintos órganos sensoriales.

Por ejemplo, si tengo la percepción visual de una manzana, y permanezco quieto mirándola, la imagen no varía, pero si me muevo observo que las imágenes que recibo de la manzana cambian. Sin embargo cambian según cierto orden; al acercarme tengo una imagen más grande, al alejarme más pequeña. Si giro sobre la manzana observo, de nuevo, que hay un orden en la secuencia de imágenes que percibo. Incluso llega un momento que puedo predecir cómo será la imagen que reciba según me mueva en una dirección u otra; es decir, que las imágenes de una familia presentan un orden. Además, si toco la manzana obtengo una serie de sensaciones que, como las anteriores, son ordenadas y regulares. Si pruebo diferentes trozos de ella me saben de manera similar... Es decir, que la percepción de una manzana no es una imagen suelta de olor, o visual, sino una colección de percepciones ordenadas que pueden obtenerse desde distintos órganos sensoriales.

Es al conjunto de las experiencias sensoriales que forman una familia a lo que los idealistas denominan **objeto**².

A partir de esa definición idealista de “objeto”, pueden distinguirse las alucinaciones de las percepciones. Una alucinación sería una representación suelta, que no pertenece a una familia de experiencia sensoriales, y que por tanto no forma parte de un objeto.

Si tengo delante la imagen de un oasis, pero al acercarme la viese desaparecer, me daría cuenta que no puede tratarse de un oasis, ya que la familia de experiencias sensoriales que forman tal objeto incluye una serie de experiencias visuales que

¹ Algunos idealistas señalan que la noción de “objeto físico existiendo fuera de la mente” no sólo no dispone de pruebas a favor sino que ella misma es una noción autocontradictoria. En ese caso, no es que pudiera existir pero no tengamos razones para afirmarlo, sino que no podría ser afirmado por ser una noción autocontradictoria.

² Algunos idealistas, pueden utilizar la expresión “objeto físico”, pero por ello no entienden cosas existentes fuera de nosotros que causan nuestras experiencias sensoriales, sino tan sólo un grupo, o complejo de experiencias sensoriales, que forman una familia.

faltan. Más bien tendría una representación visual que, por no pertenecer a una familia ordenada, no forman un objeto, forman una alucinación.

El caso de las ilusiones es distinto. Una ilusión se da cuando distintos sentidos dan información contradictoria entre sí.

Por ejemplo la que se forma cuando introducimos un palo en el agua que a la vista parece oblicuo y al tacto recto.

En esas circunstancias los idealistas señalan³ que la manera de distinguir cuál sea la representación real es a través del sentido del tacto. Y así, en caso de contradicción entre representaciones sensoriales, aquellas representaciones que tengan cualidad táctil son las percepciones, mientras que las que no tengan tal cualidad son las ilusiones.

Si vemos una manzana, pero al acercarnos e intentar cogerla nuestra mano la atraviesa sin tocarla, pensaríamos que estamos teniendo una alucinación visual, y que la manzana no es real. En cambio, si chocásemos contra un objeto, que no vemos, pero que sí podemos palpar, diríamos que estamos ante un objeto invisible -quizá un cristal- pero no que tal choque es una ilusión y el objeto no existe.

El caso del sueño es diferente de los anteriores. En el sueño se nos representan familias completas de experiencias sensoriales. Lo que hace que el sueño se diferencie de las percepciones es que, mientras estamos despiertos, presenciamos y vemos como se desarrolla nuestra vida según una trama argumental coherente. Esa secuencia es interrumpida cuando dormimos, ya que soñamos cosas que no continúan el argumento que llamamos nuestra vida, y que al despertar se reanuda.

Es justamente el hecho de que los sueños interrumpen la trama coherente que llamamos vida, y que ellos mismos no forman una secuencia coherente, lo que nos permite distinguir entre sueños y percepciones.

Por ejemplo, la vida de un labrador consiste en una trama de representaciones, con argumento y coherencia. Las personas llegan a ser labradores, o dejan de serlo, a través de una historia, que incluye una secuencia coherente de actos y sucesos, en las que se ve como se pasa de un estado a otro, o cómo el estado continúa, hasta que la persona termina siendo un labrador y vive su vida como tal.

Sin embargo, si ese labrador sueña que es un rey, le parece serlo sólo durante una noche, pero al despertar vuelve a seguir la trama de representaciones anteriores en las que él es el mismo labrador que era antes de soñar; y de hecho, se despierta en la misma cama en la que se acostó siendo labrador, con los mismos problemas y en la misma realidad. Pero las imágenes de los sueños que tiene no continúan la trama argumentativa con el sueño anterior, y si un día soñó que era rey otra sueña que es mendigo, y le ocurren cosas en el sueño que no continúan en el siguiente sueño ni cuando despierta, más bien son secuencias de imágenes que interrumpen la trama principal, y es por ello que se distinguen de las imágenes que forman la realidad.

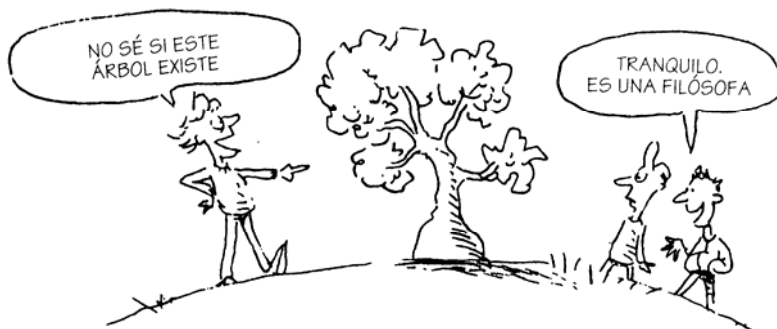
En cambio, si el labrador soñase que es un rey, de manera que en sus sueños se continuara la trama argumental con la misma coherencia que siendo labrador, no habría manera de diferenciar qué es sueño y qué percepción; y habría que decir que esa persona lleva realmente dos vidas, una como labrador y otra como rey.

³ Así hace Berkeley

El idealismo no es una única postura, sino un semillero de ellas; es decir, una corriente filosófica.

Una clase especial es el denominado **idealismo solipsista**. Etimológicamente “solipsismo” significa “solo yo”, y eso justamente es lo que el solipsismo mantiene; que sólo existe una mente, la propia, y sus contenidos mentales. Es decir, no hay más mente que la mía.

Es decir, si por el Principio de Inmanencia tengo que no puedo conocer más que mis representaciones mentales, entonces, sólo puedo afirmar que existo yo y mis ideas. Y por el mismo motivo que se niega la existencia de los objetos físicos puede negarse la existencia de otras mentes que no sea la mía.



3. Fenomenismo y Perspectivismo.

El fenomenismo es también un semillero de posiciones filosóficas.

Es característico del **fenomenismo** indicar que tanto la noción de un mundo físico independiente de la mente, como la de una mente independiente del mundo físico no son nociones que puedan conocerse con seguridad, sino sólo son inferencias que se elaboran a partir de algo de cuya existencia sí podemos estar completamente seguros, y que se denomina **lo dado**.

Al percibir se introducen ciertos supuestos teóricos que ayudan a entender qué es eso que se percibe. Entre esos supuestos teóricos está que lo percibido sea un objeto físico, y que lo percibido está siendo percibido por un sujeto. Pero ambos dos elementos —objeto físico y sujeto preceptos— no se “perciben”, sólo son supuestos que se añaden a los datos percibidos para entenderlos.

Por ejemplo, cada uno de nosotros observaría una manzana desde su perspectiva posicional y su distancia al objeto, pero desde ninguna perspectiva puede verse la manzana al completo. La existencia del objeto físico manzana es una interpretación deductiva que realizamos partiendo de la serie incompleta de formas y colores que son los que verdaderamente percibimos. Y así, aunque cada uno de nosotros recibe por su percepción distintos datos de los sentidos, sin embargo todos diríamos que vemos la misma manzana. Lo que el fenomenista señala es que lo indudable son los datos de los sentidos, mientras que la noción de “objeto físico manzana” es una construcción teórica, una teoría, construida a partir de esos datos de la percepción.

Y así, se define lo dado como el acto de conciencia que incluye un contenido; y entonces, aunque podemos poner en duda la existencia de un mundo físico, parece que la existencia de lo dado es incuestionable.

Aunque se dice “el acto de conciencia que incluye un contenido”, eso no significa que deban existir por separado la conciencia, el acto de conciencia, y el contenido de ese acto; lo que se quiere decir es que sólo existe una cosa, que es lo dado. Es después de que lo dado se da, cuando, al analizarlo, teorizamos y distinguimos elementos dentro de él; pero estos no existen independientemente; no hay conciencia sin un acto de conciencia, y no hay acto consciente si no se es consciente de algo. Por eso lo original es “lo dado”.

Existen distintas formas en las que “lo dado” se presenta. No es igual su forma de presentarse cuando, por ejemplo imaginamos o recordamos que cuando percibimos

Si imagino un color, el color que tengo en la conciencia, no parece ser de la misma cualidad que el color que parece que percibo, a través de los sentidos, del mundo exterior.

Cuando lo dado se presenta a través de la percepción se lo denomina datos de los sentidos.

Por ejemplo, una persona podría tener la alucinación de una manzana, y por tanto tener presente en la conciencia colores y formas que sólo él ve. Sin embargo, esos datos que tiene en su conciencia son reales en el sentido de que se le están representando en su conciencia, y él mentiría si dijese que no los tiene, con independencia de que, realmente, el origen de esos datos sean los órganos sensoriales.

Pero los datos de los sentidos son una cosa y los supuestos objetos físicos otra muy distinta. Y de hecho, podría ser falso que existiera un mundo físico exterior y, sin embargo, seguiría siendo indudable que hay datos de los sentidos.

“Cuando veo un tomate, hay muchas cosas sobre las que no puedo dudar. Puedo dudar de si es un tomate lo que estoy viendo, y no un trozo de cera hábilmente pintado. Puedo dudar de si hay ahí una cosa material. Quizá lo que tomé por un tomate era realmente un reflejo; quizá incluso soy víctima de una alucinación. De una cosa, sin embargo, no puedo dudar: que existe una mancha de forma redonda, roja y algo combada, resaltando sobre un fondo de otras manchas de color, que tiene cierta profundidad visual y que todo este campo de color está presente directamente en mi conciencia. Qué sea la mancha roja, si una substancia o un estado de una substancia, o un suceso, si es física o psíquica o ninguna de las dos cosas, son cuestiones sobre las que puedo dudar. Si ese algo persiste siquiera por un momento antes y después de estar presente a mi conciencia, si otras mentes pueden ser conscientes de él igual que yo, puede ser puesto en duda. Pero que ahora existe, que yo soy consciente de él no puede ser puesto en duda, al menos por mí, que soy consciente de ello. Cuando digo que está presente «directamente» en mi conciencia, entiendo que mi conciencia de él no se alcanza por inferencia, ni por ningún otro proceso intelectual.”⁴

Por eso, los fenomenistas indican, que el informe que los datos de los sentidos dan a una conciencia nunca puede ser falso, ya que en ellos no se incluye que exista

⁴ H.H. Price, *Percepción*, pág 3. [Citado en Hospers, 1984:651]

físicamente la realidad que se presenta, sino sólo que ciertos datos están siendo presentados en la conciencia.

El idealismo, a diferencia del fenomenismo, plantea la existencia de una mente en la que se dan los contenidos mentales. Pero la noción de una mente, o un yo, es para el fenomenista como la noción del objeto físico material; una teoría, algo que se infiere pero que no está en lo dado, algo, por tanto, que podría ser falso.

En general consideramos que los actos de conciencia —lo dado— tienen que darse en una conciencia, en una mente o en un yo que haga de “receptáculo” donde se dé. Pero el fenomenismo indica que ese supuesto “yo” en el que lo dado se daría no está dentro de lo dado, es una inferencia que realizamos, el yo no está presente en lo dado, no está “dado”, es una construcción teórica que realizamos para entender lo dado, pero en tanto que construcción teórica, en tanto que teoría, es falible.

A partir de esa noción de “lo dado” los fenomenistas han considerado que es posible construir teóricamente de manera legítima la noción de objeto. Para ello lo definen como una familia de experiencias sensoriales reales y posibles⁵. Al ser experiencias “posibles” el objeto sigue existiendo aunque no lo estemos percibiendo en el presente —en esto se diferencia del idealismo para el que el objeto sólo existe mientras se percibe— pero sólo a condición de que fuera posible percibirlo.

Para el idealista sólo existiría aquello de lo que se tiene experiencia actual, y así, mientras se mira un árbol ese árbol existe, pero cuando dejamos de mirarlo deja de estar en una mente y deja de existir. Sin embargo, el fenomenista, como afirma que existe no sólo aquello de lo que tenemos experiencia actual sino también posible, afirmaría que el árbol sigue existiendo, aunque no lo esté viendo en el presente, con tal de que fuera posible llegar a percibirlo.

Solamente si el objeto no es perceptible, es decir, si no es posible obtener datos de los sentidos suyos, podemos afirmar que no existe. La razón está en que los objetos físicos deben poderse reducir a datos de los sentidos, ya que se infiere su existencia a partir de éstos, luego si no es posible tener datos de los sentidos del objeto es que no hay tal objeto, y en esto se diferencia del realismo.

¿Podría existir un objeto que fuera invisible, inaudible, inoloro, insípido e intangible? Un realista, que considera que la realidad existe con absoluta independencia de los sentidos, tendría que decir que es posible, pero un fenomenista considera que sólo existe lo que es, o puede, ser percibido; luego si el objeto no puede ser percibido, no puede, por definición, existir. Para el idealista, en cambio, el objeto sólo existiría mientras se le está percibiendo.

El **perspectivismo**, por su parte, viene a afirmar que “lo dado” —el perspectivismo lo llama “**perspectiva**”—está formado por dos elementos que no pueden existir separados uno de otro; dos elementos que son el yo y el mundo, y cuya coexistencia es la realidad.

Ser consciente implica ser consciente de algo. Se puede ser consciente de que se percibe una mesa, de que una película es entretenida, de que tal persona es odiosa,

⁵ John Stuart Mill, uno de los primeros fenomenistas, lo expresa diciendo “la materia es la posibilidad permanente de la sensación”.

o amable, pero no se puede ser consciente de nada. Ser consciente implica ser consciente de algo. La consciencia no puede existir por separado del mismo modo que no puede haber alguien amable si no es amable para una consciencia, o una película entretenida si no lo es para alguien; es decir no hay mundo si no es mundo para alguien.

Para el perspectivismo la realidad es, realmente, una perspectiva. Y una perspectiva es algo que se forma a partir de ambos elementos —yo y mundo— que necesitan coexistir juntos para darse, y que puede definirse como la visión consciente —de un yo— sobre el mundo; es decir, una perspectiva.

Análogamente a la noción habitual de matrimonio, que entraña la de una pareja. No hay matrimonios formados por una única persona; para que exista un matrimonio deben darse ambos.

CUESTIONARIO PARA EL TEMA 4

1. ¿Qué tesis mantiene el realismo?
2. ¿Qué hechos aclara la postura realista?
3. ¿Cómo se denomina la teoría que sobre la existencia de la realidad se mantiene de un modo anterior a la reflexión filosófica?
4. ¿Qué mantiene el realismo ingenuo?
5. ¿De qué manera especial entiende la percepción el realismo ingenuo?
6. ¿Qué objeciones se han señalado al realismo ingenuo?
7. ¿Qué afirma el realismo representativo?
8. ¿Qué son las cualidades sensibles y cuáles sus características?
9. ¿Qué son las propiedades primarias?
10. ¿Qué criterio distingue propiedades primarias de qualias en su relación con la ciencia?
11. ¿Qué son las propiedades disposicionales?
12. ¿Cómo se producen según el realismo representativo las cualidades sensibles?
13. Para un realista representativo quién, y a través de qué, se encarga de describir cómo es realmente la realidad?
14. ¿Qué tesis mantiene el idealismo?
15. ¿Qué señala el Principio de Inmanencia?
16. ¿Qué consecuencias tiene el Principio de Inmanencia respecto a las tesis realistas?
17. ¿Cuál es el origen, según el idealismo, de la noción de “*objeto físico existente fuera de la mente*”?

18. ¿Qué se entiende por “familia de experiencias sensoriales”?
19. ¿Qué entiende el idealismo por “objeto”?
20. ¿Qué es una alucinación para un idealista?
21. ¿Qué es una ilusión y cómo se distingue, según el idealista, entre la representación ilusoria y la percepción?
22. ¿Qué diferencia las representaciones denominadas sueños de las percepciones?
23. ¿Qué es el solipsismo y qué mantiene?
24. ¿Qué mantiene el fenomenismo?
25. ¿Qué es “lo dado”?
26. ¿Qué son los “datos de los sentidos”?
27. ¿Qué piensan los fenomenistas, y por qué, respecto al valor de verdad de los informes que describen los datos de los sentidos?
28. ¿Qué objeción pondría el fenomenismo al idealismo?
29. ¿Cómo definen los fenomenistas la noción de objeto?
30. ¿En qué se diferencia el fenomenismo del idealismo en relación a su concepción de “objeto”?
31. ¿En qué se diferencia el fenomenismo del realismo en relación a su concepción de “objeto físico”?
32. ¿Qué afirma el perspectivismo respecto a la existencia de un mundo físico, o una mente, independiente?
33. ¿Qué es la realidad para el perspectivista?
34. ¿Qué es una perspectiva para el perspectivismo?

TEXTO DE HOSPERS 4.1

¿No es lo que percibimos dependiente, en parte al menos, de la naturaleza de nuestros órganos de percepción? Si nuestros ojos fueran diferentes, lo que viésemos sería diferente; si nuestra papilas gustativas fueran diferentes, lo serían los sabores que tenemos. ¿Qué derecho tenemos entonces a suponer que vemos o gustamos las cosas de la manera en que son realmente? De hecho, ¿de qué modo podríamos saber “cómo son las cosas realmente”, o “lo que son realmente en sí mismas”? Supongamos que nuestros dos ojos no enfocasen una imagen y viésemos todo doble. O supongamos que tuviésemos un ojo a cada lado de la cabeza, como los caballos, de modo que pudiésemos ver casi en un arco de 180°, pero (probablemente) sin profundidad espacial. Si los bastoncillos y conos de nuestra retina fuesen diferentes o no existiesen, no tendríamos la visión en color que tenemos; en efecto, la mayoría de los mamíferos no tienen visión en color, y no pueden distinguir un color de otro, sólo grados de claridad y oscuridad (como en una película en blanco y negro); las abejas, en cambio, pueden ver el ultravioleta, que nosotros no podemos ni siquiera imaginar. O supongamos que tuviésemos mil ojos, como algunos insectos; ¿no nos parecería el mundo muy diferente? De manera similar, nuestros sentidos del oído, olfato, gusto y tacto podrían ser completamente diferentes de como son. Podríamos tener otros sentidos, además, cuya naturaleza ahora no podemos ni siquiera imaginar, que nos revelarían cosas que tampoco podemos siquiera imaginar. ¿No veríamos entonces el mundo muy diferente? (No podemos siquiera decir “veríamos”, pues esto implica visión; y no tenemos nombres para los otros hipotéticos sentidos a los que ahora aludimos.) ¿Cómo vería las cosas el habitante de Marte (aunque mejor diremos “cómo le aparecerían las cosas al habitante de Marte”), por ejemplo, al “calamar muy inteligente” que concibe H. G. Wells como habitante de ese planeta? Mientras el contenido de nuestra percepciones dependa tanto de la naturaleza del órgano receptor, y mientras seamos incapaces de quitarnos los órganos receptores como hacemos con las lentes para probarnos otros, ¿cómo podemos estar tan seguros de que estamos percibiendo las cosas como son? (Usamos la palabra general “percibir”, para abarcar, oír, ver, oler, etc., incluyendo el “etc.” cualquier sentido de que puedan disponer las criaturas vivas en cualquier lugar del universo.) En verdad, ¿tenemos algún derecho a decir cómo es el mundo físico *realmente*?

PREGUNTAS:

1. Enuncia, separadamente y con tus propias palabras, las distintas ideas del autor.
2. Enuncia los argumentos que da para apoyar esas ideas.
3. Valora la corrección y valor demostrativo de cada uno de ellos
4. A la vista de lo que has escrito ¿cómo contestarías la última pregunta del autor?

TEXTO DE EDDINGTON 4.2

“Me he puesto la tarea de redactar estas conferencias y, al hacerlo así, he acercado mis sillas a mis dos mesas. ¡Dos mesas! Sí; todos los objetos que se encuentran a mi alrededor tienen su duplicado...; dos mesas, dos sillas, dos plumas.

Estoy familiarizado con una de ellas desde mi más tierna infancia. Es un objeto común dentro de ese ambiente que llamo mundo; ¿cómo voy a describirla?; tiene extensión; es, hasta cierto punto, permanente; noto que su superficie está pintada, pero que, ante todo, es *substancial*. Cuando digo “substancial” no sólo quiero significar que no se viene abajo cuando me apoyo en ella, sino que está constituida por “substancia”, y en virtud de esa palabra intento transmitir cierto concepto de su naturaleza intrínseca. Es una *cosa*, no como el espacio, que es una mera negación; no como el tiempo, que es... ¡Dios sabe qué! La característica distintiva de una “cosa” consiste precisamente en estar constituida por “substancia”, y no veo mejor manera de describir la substancia, en este caso, que tomar como ejemplo ese trozo de naturaleza representado por una mesa ordinaria. No insisto más sobre el particular porque sería caer dentro de un círculo vicioso. Después de todo, si el lector es un hombre de buen sentido, un hombre no muy atormentado por escrúpulos científicos, puedo dar por sentado que comprende la naturaleza de una mesa ordinaria.

La mesa número dos es mi mesa científica. Mi conocimiento de ella es más reciente que el de la otra, y por eso no me es tan familiar. No pertenece al mundo antes mencionado, a ese mundo que aparece espontáneamente a mi alrededor cuando abro los ojos, aun antes de entrar a considerar lo que en él es objetivo o subjetivo. Forma parte de un mundo que, de una manera indirecta, se ha impuesto a mi atención. Mi mesa científica es casi toda un vacío. Desparramadas en ese vacío hay numerosas cargas eléctricas moviéndose a gran velocidad, pero su volumen conjunto no alcanza siquiera a una trillonésima parte de volumen de la mesa. Dicha mesa contiene mi papel de escribir en forma tan satisfactoria como la mesa número uno, pues cuando dejo el papel sobre ella las minúsculas partículas golpean su parte inferior de tal suerte que el papel queda mantenido en suspenso a un nivel aproximadamente constante. Si me apoyo sobre esa mesa, no pasaré a través de ella; o, para ser rigurosamente exacto, la probabilidad de que mi codo científico pase a través de mi mesa científica es tan remota que puede ser descartada en la práctica. Pasando revista a sus propiedades, una por una, parece que hubiera poca diferencia entre las dos mesas, en cuanto a su utilidad para usos corrientes, pero cuando sobrevienen circunstancias anormales mi mesa científica ofrece ventajas sobre la otra. Si la casa se incendia, mi mesa científica se disolverá en humo científico mientras que mi mesa familiar sufrirá tal metamorfosis que no me será posible explicar el cambio y tendré que considerar lo ocurrido como un milagro.

Mi segunda mesa está exenta de “substancia”. Casi toda ella es espacio; un espacio poblado por campos de fuerzas, pero éstos deben ser designados bajo la categoría de “influencias” y no de “cosas”. Ni siquiera podemos conferir la conocida noción de “substancia” a aquella minúscula parte que no está vacía.

Al reducir la materia a cargas eléctricas nos alejamos considerablemente de la imagen que dio lugar al concepto de “substancia”, y el significado de este concepto -si es que alguna vez tuvo alguno- se ha perdido en el camino.

Huelga decir que la física moderna, gracias a delicados experimentos y a una rigurosa lógica, asegura que mi mesa científica es la única que en realidad está ahí..., sea lo que fuese aquello que ahí pueda haber. Por otra parte cabe insistir que la física moderna jamás conseguirá exorcizar la primera mesa -compuesto extraño de naturaleza externa, imágenes mentales y prejuicios heredados- que veo con mis ojos y puedo asir con la mano.

Párrafos extraídos de *La naturaleza del mundo físico*.- Eddington (1929)

PREGUNTAS:

1. ¿Cómo nos presenta la mesa la experiencia ordinaria? Enumera las principales características que le atribuye.
2. ¿Y la ciencia? Señala las características de la mesa que nos presenta la ciencia.
3. ¿Cuál de las dos mesas crees que es la verdadera? ¿Por qué?
4. Redacta un ensayo breve sobre la apariencia y la realidad. En ese ensayo, puedes contar lo que deseas, pero debes describir minuciosamente cómo es en realidad el mundo que te rodea.

TEXTO DE ORTEGA 4.3

Así, ahora estamos viendo este teatro y mientras no hacemos más que ver, en ese nuestro ver nos parece que el teatro existe fuera y aparte de nosotros. Pero ya notamos que esto era una creencia problemática adscrita a todo acto de pensar inconsciente, es decir, a todo acto de pensar que se ignora a sí mismo. El teatro-alucinación no parece al alucinado existir menos realmente que el que ahora tenemos delante. Esto nos hace caer en la cuenta de que ver no es salir el sujeto de sí mismo y ponerse mágicamente en contacto con la realidad misma. El teatro de alucinación y el auténtico existen ambos, por lo pronto, sólo en mí. Son estados de mi mente, son cogitaciones o pensamientos. Son —como comenzó a decirse desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días— contenidos de la conciencia, del yo, del sujeto pensante. Toda otra realidad de las cosas más allá de la que tienen como ideas nuestras es problemática y, en el mejor caso, derivada de esta primaria que poseen como contenidos de la conciencia. El mundo exterior está en nosotros, en nuestro idear. El mundo es mi representación como diría toscamente el tosco Schopenhauer. La realidad es idealidad. En rigor y en pura verdad existe sólo el ideante, el pensante, el consciente: yo —yo mismo, me ipsum.

En mí, es cierto, aparecen los más variados paisajes; todo eso que ingenuamente creía haber en mi derredor y en que creía estar y apoyarme, renace ahora como fauna y flora interior. Son estados de mi subjetividad. Ver no es salir de sí, sino encontrar en sí la imagen de este teatro, trozo de la imagen Universo. La conciencia está siempre consigo, es inquilino y casa a la vez, es intimidad —la intimidad superlativa y radical de mí mismo conmigo mismo. Esta intimidad en que consisto y que hace de mí un ser cerrado, sin poros, sin ventanas. Si en mí hubiese ventanas y poros entraría el aire de fuera, me invadiría la supuesta realidad exterior —y entonces habría en mí efectivamente cosas ajenas a mí, habría en mí gente— y no sería yo pura, exclusiva intimidad. Pero este descubrimiento de mi ser como intimidad, que me proporciona la delicia de tomar contacto conmigo mismo en lugar de verme como una cosa exterior entre las demás cosas, tiene en cambio el inconveniente de que me recluye dentro de mí, hace de mí cárcel y, a la vez, prisionero. Estoy perpetuamente arrestado dentro de mí. Soy Universo, pero, por lo mismo, soy uno... solo. El elemento de que estoy hecho, el hilo de que estoy tejido es soledad.

ORTEGA Y GASSET, José.— ¿Qué es filosofía?, pág 136-8

TEXTO DE DESCARTES 4.4

Ahora bien, soy un hombre y, como tal, suelo dormir, y representarme en sueños las mismas cosas, o incluso a veces aún menos verosímiles, que las que éstos se figuran cuando están despiertos. Y muy frecuentemente el sueño me persuade de aquellas cosas cotidianas: que yo estoy aquí, que estoy vestido con una bata, que estoy sentado junto al fuego, cuando estoy desnudo en la cama.

Sin embargo, ahora miro este papel con ojos despiertos, no está adormecida esta cabeza que muevo, extendiendo y siento conscientemente esta mano; para el que duerme no son tan distintas estas cosas.

Con todo, recuerdo haberme engañado otras veces en sueños con pensamientos semejantes; y al considerar esto más atentamente, me parece tan evidente que la vigilia no puede distinguirse nunca del sueño con indicios ciertos, que me quedo estupefacto y este mismo estupor casi me confirma en la opinión de que estoy soñando.

DESCARTES, Renato. Meditaciones Metafísicas y otros textos. Pág. 17

PREGUNTAS:

1. Explica el argumento de Descartes con tus propias palabras
2. ¿Qué objeciones se le pueden hacer? Intenta pensar que contraobjeciones diría Descartes.
3. Por tanto, ¿puedes estar seguro de que existe algo real y que no es cierto que todo sólo sea un sueño?

TEXTO DE DESCARTES 4.5

Supondré, pues, no que un Dios óptimo, fuente de la verdad, sino cierto genio maligno, tan sumamente astuto como poderoso, ha puesto toda su industria en engañarme: pensaré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y todas las cosas externas no son diferentes de los engaños de los sueños, y que por medio de ellas ha tendido trampas a mi credulidad. Me consideraré a mi mismo como si no tuviera manos, ni ojos, ni carne, ni sangre, ni sentido alguno, sino como opinando falsamente que tengo todas esas cosas. Permaneceré obstinadamente fijo en esta meditación, y así, si no puedo conocer algo verdadero, por lo menos procuraré mantenerme firme en lo que ciertamente sí depende de mi, a saber, no asentir a cosas falsas, de manera que ese engañador, por muy poderoso y astuto que sea, no pueda imponerme nada.

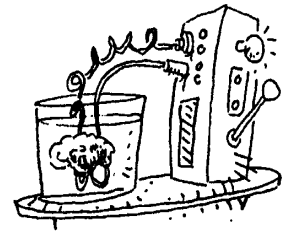
DESCARTES, Rene. *Meditaciones Metafísicas y otros textos*. Pág. 20.

PREGUNTAS:

1. Explica el argumento de Descartes con tus propias palabras
2. Entonces ¿Hay algo que se pueda conocer con absoluta certeza? ¿Por qué?
3. ¿Qué objeciones se le pueden hacer a la idea de que no existe un mundo exterior, sino que es una ilusión creada por el genio para engañarme? Intenta pensar que contraobjeciones diría Descartes.

TEXTO DE PUTNAM 4.6⁶

He aquí una posibilidad de ciencia-ficción discutida por los filósofos: imaginemos que un ser humano (el lector puede imaginar que es él quien sufre el percance) ha sido sometido a una operación por un diabólico científico. El cerebro de tal persona (su cerebro, querido lector) ha sido extraído del cuerpo y colocado en una cubeta de nutrientes que lo mantienen vivo. Las terminaciones nerviosas han sido conectadas a una computadora supercientífica que provoca en esa persona la ilusión de que todo es perfectamente normal. Parece haber gente, objetos, cielo, etc.; pero en realidad todo lo que la persona (usted) está experimentando es resultado de impulsos electrónicos que se desplazan desde la computadora hasta las terminaciones nerviosas. La computadora es tan ingeniosa que si la persona intenta alzar su mano, el «feedback»⁷ que procede de la computadora le provocará que «vea» y «sienta» que su mano está alzándose. Por otra parte, mediante una simple modificación del programa, el diabólico científico puede provocar que la víctima «experimente» (o alucine) cualquier situación o entorno que él desee. También puede borrar la memoria de funcionamiento del cerebro, de modo que la víctima crea que siempre ha estado en ese entorno. La víctima puede creer incluso que está sentado, leyendo estas mismas palabras acerca de la suposición, divertida aunque bastante absurda, de que hay un diabólico científico que extrae cerebros de los cuerpos y los coloca en una cubeta de nutrientes que los mantiene vivos. Las terminaciones nerviosas se suponen conectadas a una computadora supercientífica que provoca en la persona la ilusión de ...



Cuando se menciona esta especie de posibilidad en una clase de Teoría del Conocimiento, el propósito no es otro que suscitar de un modo moderno el clásico problema del escepticismo con respecto al **mundo externo**. (¿Cómo podría usted saber que no se halla en esa situación?) [...]



En lugar de imaginar un solo cerebro en una cubeta, podemos imaginar que los seres humanos (quizá todos los seres sintientes) son cerebros en una cubeta (o sistemas nerviosos en una cubeta, en el caso de algunos seres que sólo poseen un sistema nervioso mínimo, pero que ya cuentan como sintientes). Por supuesto, el diabólico científico tendría que estar fuera —¿o querría estarlo? Quizá no exista ningún diabólico científico, quizá (aunque esto es absurdo) el mundo consista en una maquinaria automática que

está al cuidado de una cubeta repleta de cerebros y sistemas nerviosos.

Supongamos esta vez que la maquinaria automática está programada para ofrecernos a todos una alucinación *colectiva*, en lugar de unas cuantas alucinaciones separadas y sin relación. De forma que cuando me parece estar hablando con usted, a usted le parece estar oyendo mis palabras. Mis palabras no llegan realmente a sus oídos, por supuesto —porque usted no tiene oídos (reales), ni yo tengo boca o lengua reales. Pero cuando emito mis palabras, lo que ocurre en realidad es que los impulsos aferentes se desplazan desde mi cerebro hasta el ordenador, el cual a su vez provoca que yo «Oiga» mi propia voz profiriendo esas palabras y «sienta» el movimiento de mi lengua, y que usted «oiga» mis palabras, y me «vea» hablando, etc. En este caso, nos comunicamos realmente, hasta cierto punto. Yo no estoy equivocado con respecto a su existencia real (sólo lo estoy con respecto a la existencia de su cuerpo y del «mundo externo», aparte de los cerebros). En cierta medida, tampoco importa que «el mundo entero» sea una alucinación colectiva; después de todo, cuando me dirijo a usted, usted oye realmente mis palabras, si bien el mecanismo no es el que suponemos.

PUTNAM, Hilary.— Razón, verdad e historia; pág 19-20

PREGUNTAS

1. Señala las ideas del texto
2. Explica las razones que el autor menciona acerca de la posibilidad de sea cómo se dice en el texto.

⁶ Los dibujos son de Daniel Postgate, y están en: LAW, Stephen.— *¿Tú, en qué piensas?* Alfaguara. Madrid 2001 (2000)

⁷ Un sistema presenta “feedback”, o “realimentación”, si es capaz de hacer que los efectos de su actividad cambien su modo de actuar. En el texto, Putnam se refiere, a que la señal emitida por el cerebro hacia la mano para que ésta se mueva, sea recibida por la máquina y, de acuerdo a ella, emita al cerebro la señal que haga que éste tenga las imágenes de que la está moviendo.

THOMAS NAGEL 4.7

No obstante, luego de todo lo que se ha dicho, tengo que admitir que es prácticamente imposible creer seriamente que todas las cosas del mundo que te rodea pudieran no existir en realidad. Nuestra aceptación del mundo externo es instintiva y poderosa: no podemos librarnos de ella mediante argumentos filosóficos. No sólo seguimos actuando como si la demás gente y las cosas existieran: creemos que existen, aun después de haber examinado los argumentos que parecen mostrar que no tenemos razones para dicha creencia. (Podemos tener fundamentos, dentro del sistema general de nuestras creencias sobre el mundo, para creencias más particulares sobre la existencia de cosas particulares, como un ratón en la panera, por ejemplo; pero eso es diferente: presupone la existencia del mundo externo.)

Si una creencia en el mundo exterior a nuestras mentes nos es tan natural, quizá no necesitemos fundamentos para ella. Podemos dejarla como está y esperar estar en lo cierto. Y de hecho eso es lo que la mayoría de la gente hace tras abandonar el intento de probarla: aun cuando no puedan dar razones contra el escepticismo, no pueden tampoco vivir con él; pero esto significa que nos aferramos a la mayoría de nuestras creencias comunes sobre el mundo, a pesar de que a) podrían ser completamente falsas, y b) no tenemos bases para descartar esa posibilidad.

Dejamos el asunto planteando tres preguntas:

1. ¿Hay una posibilidad significativa de que el interior de tu mente sea lo único que existe, o de que, aun cuando haya un mundo exterior a tu mente, sea totalmente distinto de lo que crees?
2. Si lo anterior es posible, ¿tienes alguna forma de probarte a ti mismo que realmente no es cierto?
3. Si no puedes probar que algo existe fuera de tu propia mente, ¿es correcto seguir creyendo de todas maneras en el mundo externo?

NAGEL, Thomas.— ¿Qué significa todo esto? Páginas 18-9

TEXTO DE ORTEGA 4.8

De sobra advierten ustedes la gravedad del resultado que se nos ha impuesto. Significa lo dicho nada menos que esto: las cosas, la naturaleza, los demás seres humanos, el mundo exterior íntegro no tiene existencia evidente, no es, pues, dato radical, no lo hay indubitadamente en el Universo. Ese mundo que nos rodea, que nos lleva y sustenta, que nos parece vitalmente lo más firme, seguro, sólido, esa tierra firme sobre que piamos, para aludir a lo más inconmovible, resulta ser de existencia sospechosa, por lo menos sospechable. Y porque lo es, la filosofía no puede partir del hecho de la existencia del mundo exterior que es de donde parte nuestra creencia vital. En la vida aceptamos sin sombra de duda la plena realidad de nuestro escenario cósmico, pero la filosofía, que no puede aceptar como verdad lo que otra ciencia demuestra como verdadero, menos puede aceptar lo que la vida cree. Aquí tienen un ejemplo superlativo y bien concreto de en qué sentido filosofar es no-vivir, aquí tienen ustedes una muestra enorme de por qué la filosofía es constitutivamente paradójica. Filosofar no es vivir, es desasirse concienzudamente de las creencias vitales. Ahora bien, este desasimiento no puede ser ni tiene que ser más que virtual, intelectual, ejecutado con el exclusivo fin de hacer teoría, es él mismo teórico. En fin, he aquí por qué me parece grotesco que se invite con cara seria a las gentes para que ingresen en la filosofía. ¿Quién puede pretender que nadie se «convenza», «tome en serio» que el mundo exterior tal vez no existe? La convicción filosófica no es la convicción vital aquella es una casi-convicción, una convicción del intelecto. Y la seriedad para el filósofo no significa gravedad, sino que es simplemente seriedad la virtud de poner nuestros conceptos en serie, en orden.

Pero conste —de todos modos— lo siguiente: la filosofía comienza por decir que el mundo exterior no es dato radical, que su existencia es dubitable y que toda proposición en que se afirme la realidad del mundo externo necesita ser probada, no es una proposición evidente y requiere, en el mejor caso, otras verdades primarias donde apoyarse. *Lo que* la filosofía no hace, *conste*, repito, es negar la realidad del mundo exterior, porque eso sería también empezar por algo cuestionable. En expresión rigurosa, lo que la filosofía dice es sólo: ni la existencia ni la inexistencia del mundo en torno es evidente; por tanto, no se puede partir ni de la una ni de la otra, porque sería partir de un supuesto, y está comprometida a no partir de lo que se supone, sino sólo de lo que se pone a sí mismo, es decir, de lo que se impone.

ORTEGA Y GASSET, José.— ¿Qué es filosofía?, pág 120-1

PREGUNTAS

1. Haz un resumen del texto y un comentario personal

TEXTO DE MOORE 4.9

Tomo este sobre: lo miro, y espero que todos ustedes lo vean. Y ahora lo vuelvo a dejar. ¿Qué ha sucedido ahora? Ciertamente diríamos (si ustedes lo han mirado) que todos nosotros *vimos* el sobre, que todos *lo* vimos, el *mismo* sobre: yo lo vi y ustedes lo vieron, Todos vimos el *mismo* objeto. Y con el *lo*, que todos vimos, significamos un objeto, que en cada uno de los momentos en que lo estuvimos mirando ocupó precisamente *uno* de los muchos lugares que constituyen la totalidad del espacio...

Ahora bien, ¿qué sucedió en cada uno de nosotros cuando vimos el sobre? Empezaré describiendo *parte* de lo que me sucedió a mí. Vi una mancha de un color blanquecino particular, que tenía cierto tamaño y cierta forma, una forma con ángulos o esquinas más bien rectos y limitada por líneas perfectamente rectas. Estas cosas, esta mancha de un color blanquecino, su tamaño y su forma, las vi realmente. Y propongo llamar a estas cosas, el color, el tamaño y la forma, *datos de los sentidos*, cosas *dadas* o presentadas por los sentidos, dadas, en este caso, por mi sentido de la vista...

Parte, al menos, de lo que me sucedió, lo puedo expresar ahora diciendo que vi ciertos datos de los sentidos: vi una mancha blanquecina de color, de un tamaño y forma particulares. Y no tengo duda en absoluto de que esto es parte, al menos, de lo que les sucedió a todos ustedes. También ustedes vieron ciertos datos de los sentidos; y espero que los datos de los sentidos que vieron fueran más o menos similares a los que vi yo. También ustedes vieron una mancha de color que podría ser descrita como blanquecina, de un tamaño no muy diferente al tamaño de la mancha que yo vi, y de una forma similar al menos en esto: que tenía esquinas más bien rectas y estaba limitada por líneas bastante rectas. Pero ahora lo que quiero hacer resaltar es esto. Aunque todos (como diríamos nosotros) vimos el *mismo* sobre, ninguno de nosotros, con toda seguridad, vio exactamente los *mismos datos de los sentidos*. Cada uno de nosotros, con toda probabilidad, vio, para empezar, un tono diferente de color. Todos estos colores pueden haber sido blanquecinos; pero cada uno probablemente era al menos un poco diferente de todo el resto, de acuerdo con la manera en que caía la luz sobre el papel y relativamente a las posiciones diferentes en que estaban ustedes sentados, y además según las diferencias en su capacidad de visión o sus distancias al papel. Y lo mismo con respecto al tamaño de la mancha de color que ustedes vieron: las diferencias en el poder visual y en las distancias con respecto al sobre probablemente originaron ligeras diferencias en el tamaño de la mancha de color que ustedes vieron. E igual, a su vez, con respecto a la forma. Aquellos de ustedes que estaban en ese lado de la habitación habrán visto una figura romboidal, mientras que aquellos que estaban frente a mí habrán visto una figura mas aproximadamente rectangular...

Ahora bien, todo esto me parece que muestra muy claramente que, si todos nosotros vimos el mismo sobre, el sobre no era *idéntico* a los datos de los sentidos que vimos; el sobre no puede ser exactamente la misma cosa que cada uno de los conjuntos de datos de los sentidos que cada uno de nosotros vio, pues cada uno de ellos fue, con toda probabilidad, ligeramente distinto del resto, y no pueden, por tanto, ser *todos* exactamente la misma cosa que el sobre.

MOORE, George Edward.- *Some Main Problems of Philosophy*. London; George Allen & Unwin, Ltd., 1952, págs. 30-33 [Tomado de Hospers, 1984:649]